

Bernat Muniesa

Dictadura y Transición. La España lampedusiana

I: La dictadura franquista.
1939-1975



Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Dictadura y Transición. La España lampedusiana.

I: La dictadura franquista.
1939-1975

Bernat Muniesa

Dictadura y Transición. La España lampedusiana.

I: La dictadura franquista.
1939-1975

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



ÍNDICE

<i>Prólogo para dos épocas</i>	11
LA DICTADURA FRANQUISTA: 1939-1975	15
Introducción	17
Capítulo 1. La forja del esperpento. España año cero: 1939-1940 . .	21
El Nuevo Estado Español	22
Las legitimaciones iniciales	24
La legitimación nazi-fascista	25
La legitimación de la Iglesia Católica: el nacionalcatolicismo . .	26
La legitimación de la dinastía Borbón	27
La trama ideológica: lo «viejo»	29
El regreso a la ortodoxia: Donoso Cortés como referencia	29
El partido de la Tradición	31
La trama ideológica: lo «nuevo»	33
El falangismo domesticado.	34
Coexistir en el magma del Movimiento Nacional.	36
<i>Ecce homo</i>	39
Fusilaré a media España si es necesario....	40
El general episcopal	43
Las exclusiones	45
Los del espinazo curvo....	48
Ortega y Gasset: vivir sin ilusiones.	51
¿Por qué Unamuno?	54
Capítulo 2. ¡Viva la muerte! Tiempos de venganza: 1939-1945 . . .	59
Paredón, exilio, cárcel	61
Exiliados y combatientes por la libertad	62

Ejecuciones ejemplares.	65
Balance siempre provisional	66
La Dictadura pendulante	68
La Segunda Guerra Mundial: ¿qué hacer?	71
El deseo: la suerte está echada y el Eje ganará la guerra	73
La realidad mixtificada: la guerra está en punto muerto.	75
La jaula de hierro	77
Nuevas leyes, nuevas instituciones	77
La autarquía económica: el intermediario.	79
La tentación democrática de Juan de Borbón: el Manifiesto de Lausana	82
Resistencia y oposición: aislados, dispersos y divididos	85
La diáspora.	87
 Capítulo 3. La nueva traición liberal. Tiempos fraudulentos: 1946-1950	 93
En el cerco: Churchill, un mefisto providencial.	94
Resistir el aislamiento	97
¡Prietas las filas!	98
La Dictadura en la tintorería	100
El apagón de San Juan Luz.	102
La tentación monárquica del PSOE.	103
La traición del pretendiente	105
La resistencia interior	107
La resistencia social	109
Grietas en el cerco	110
 Capítulo 4. Aprender a vivir otra vez. Tiempos adaptativos: 1951-1959	 113
Un Gobierno de circunstancias	116
Barcelona 1951: la última batalla de la Guerra Civil	118
La realidad económica	120
En el deshielo: la legitimación de Estados Unidos	126
¡Bienvenido! Mr. Marshall	127
Hacia una nueva economía.	129
La Mafia Blanca en el Gobierno	131
Bronca al «rey sin corona»	134
La Oposición Política exterior: rozando el cero absoluto	136
La guerrilla urbana en Barcelona.	137
Renaceres nacionalistas y los orígenes del Movimiento Estudiantil. .	139
Cultura: Parménides contra Heráclito (1939-1960)	142
La cultura oficialista: lentas disidencias	143
De arquitecturas y artes plásticas	146

Literatura y teatro	150
El cine y la música	152
El exilio cultural	154
Capítulo 5. La liberalización pendiente. Tiempos perpetuos: 1960-1969	157
Creced y multiplicaos	160
La conjura interior: otra vez Asturias.	162
El frente minero	163
Fraga: entre los intelectuales y el abad Escarré	166
El contubernio exterior: Munich	169
Borboneando.	171
Devaneos sobre el devenir	173
Yo desafío al mundo...	175
La expansión de la Obra de Dios	178
Hacia una nueva legitimación	179
El vicepresidente Carrero Blanco.	181
La Ley de Sucesión	182
Origen institucional del juancarlismo.	183
La apertura hacia el exterior	185
El deshielo con el Bloque Comunista.	187
El aurea mediocritas	189
La España digestiva	191
La agonía de la liberalización pendiente	196
Grimau, Delgado y Granado	196
El Movimiento Estudiantil: la derrota del SEU	200
El Sindicato Democrático de Estudiantes.	202
El asesinato de Enrique Ruano	204
Madariaga: las vanas ilusiones	205
El mito de Sísifo: la piedra opositora.	209
Los orígenes del carrillismo	209
Otras perspectivas opositoras: la lucidez de Maura	212
Los últimos guerrilleros: Sabater y «Caracremada».	215
La marejada cultural	216
Arte y literatura	218
El Nuevo Cine Español.	222
MATESA: el nuevo capitalismo español	225
Capítulo 6. El círculo vicioso. Tiempos absurdos: 1970-1975	229
Grietas y fugas	230
Una polémica lunática	231

Morir de nuevo en Granada	234
Nixon en Madrid.	236
El Proceso de Burgos	237
Con la Iglesia hemos topado...	240
Seguiré al mando de la Nave del Estado...	243
Ascenso y caída de Carrero Blanco.	245
El «carrerazo»	247
El espíritu burlón	249
El Doce de Febrero.	251
Calidoscopio.	256
La agitación laboral	257
Otros frentes	259
La Oposición Democrática	263
Fin de ciclo: sangre y aislamiento	265
El ocaso del asociacionismo	267
Septiembre sangriento	268
La muerte del dictador: entre Santa Teresa y la Virgen del Pilar	269
<i>Bibliografía</i>	273

PRÓLOGO PARA DOS ÉPOCAS

La historia contemporánea de España o del Estado español fue para historiadores y escritores un yacimiento que podría calificarse de inagotable, y probablemente su veta más explotada haya sido la Guerra Civil de 1936-1939: desde los trabajos testimoniales Borkenau, Bolloten, Koestler, Pons Prades y tantos otros... hasta la última aportación de Enrique Moradiellos, pasando por los ya clásicos trabajos de Hugh Thomas y Gabriel Jackson... En ocasiones, ha habido emparejamientos de la Guerra Civil con la Segunda República que le precedió, otro período —éste— de gran atractivo para numerosos autores. Un conjunto de tal envergadura que es imposible de reseñar aquí.

La Dictadura que sucedió a la Guerra Civil (1939-1975/6) también se ha incorporado a aquella atractiva cantera historiográfica, especialmente a través de trabajos parciales y algunas síntesis generalizadoras, desde las lejanas realizadas por Jacques Georgel y Max Gallo, luego la de Ramón Tamames, que agrupaba República y «Era de Franco», y las más cercana de Stanley Payne, Javier Tusell, Reig Tapia... La Dictadura franquista, empero, dista mucho de haber agotado sus reservas, como el tiempo futuro confirmará, pues la llamada Transición (o Transacción, o mejor aún el Transformismo) hacia la Monarquía Parlamentaria Liberal actual que, entre otras cosas, pero fundamentalmente, se construyó como una impostura hacia tan terrible etapa de la historia española, no ha dejado de ser un acicate para quienes se han visto obligados a luchar por la memoria histórica, un tema sobre el cual regresaremos en el segundo volumen de esta obra.

En síntesis, cabe reseñar que tan atractiva —por trágica y singular— historia española generó una auténtica pléyade foránea de *hispanólogos*, estudiosos como Gerald Brenan y su siempre interesante referencia *El la-*

berinto español, Raymond Carr, Ian Gibson, Ronald Fraser, los Tamime y Broué, Soutworth, Max Gallo, los ya citados Borkenau, Thomas, Jackson, Georgel, Payne, Preston..., nombres prestigiosos que pudieron hacer —eran los tiempos franquistas— lo que los historiadores autóctonos que entonces vivían en España eran impedidos de realizar por razones obvias. Hubo que esperar a la muerte del dictador, en 1975, para iniciarse un cambio de rumbo. Recuerdo, en mis años iniciales como profesor en la Universidad de Barcelona, el impacto que supuso la aparición de *La República. La era de Franco*, del economista Ramón Tamames, trabajo primigenio y lastreado aún por la inercia del inmediato pasado represor. Fue, sin embargo, un hito. Y así es necesario valorarlo.

Y más recientemente, la citada Transición que, en 1977-1978, legitimó una Monarquía Parlamentaria a partir de la Dictadura franquista —y con ello los crímenes y desmanes cometidos por el poder— también comienza a apuntar, pero no siempre —y me refiero tanto a especialistas españoles como extranjeros— con la *tendencia* a la objetividad que exige una labor historiográfica, por mezclar muchos autores sus intereses personales con el Poder en ejercicio, simbiosis que siempre culminan en *maquillajes*: en este sentido —y me refiero especialmente a la Transición que no cesa—, la *cosmetología* abunda en las versiones que circulan acerca del paso de la Dictadura a la Monarquía actual, componiendo, en última instancia, una *corriente historiográfica oficialista*. Un hecho que, en definitiva, no puede sorprender, pues todo Sistema Político (y Social) se dota de su propia oligarquía intelectual.

Yo publiqué en 1996 el volumen *Dictadura y Monarquía en España*, que agrupaba las dos etapas e incluía, naturalmente, extensos capítulos sobre la Transición. La obra tuvo una vida desgraciada, pues fue absolutamente silenciada por los medios de comunicación transitivos, sufriendo luego desdichados avatares que es mejor olvidar y que acabaron por mermar definitivamente el acceso de mis alumnos al texto. Ahora, en 2004-2005, he decidido reelaborar y reescribir profundamente aquel trabajo, al que he incorporado nuevos y abundantes materiales, suprimido otros y deslindado en dos volúmenes bajo el título global de *Dictadura y Transición. La España lampedusiana*. Por tanto, el primer volumen trata de *La Dictadura Franquista (1939-1975/6)*, y el segundo abarca desde los inicios transitivos o transformistas que instalaron *La Monarquía Parlamentaria* (su título precisamente) e intenta llegar hasta los arranques de este siglo XXI. Espero que tenga una vida mejor que su antecesora.

La obra reúne, pues, dos etapas históricas y el hecho encuentra su justificación en que la Monarquía nació de las entrañas de la Dictadura y su cambio de naturaleza devino en el proceso de la Transición, tema que será central en este trabajo. De su publicación espero dos cosas: que sirva a las jóvenes generaciones de alumnos universitarios y/o a aquellas personas sensibles a su contenido para acceder a tiempos que les fueron ajenos o sencillamente para fijar la memoria histórica en combate con la inercia forjada por la amnesia transitiva. Y debo advertir que en ella se trata de *lo que fue* y también de *lo que es*, y que en ella subyace la tendencia metodológica que debemos al maestro Agustín García Calvo: *la realidad oculta la verdad*, sin pretender significar que me encuentre en posesión de esta última, pues lo cierto es que se trata siempre de una aproximación. En ese camino, a quien le interese un espíritu crítico lo hallará, pero no así prédicas alternativas a *lo que es*, salvo que el impulso utópico del autor las haya, a pesar de su revisión, introducido furtivamente. En cualquier caso se trataría de ecos involuntarios.

También sabemos, por Marx, que la historia, cuando se repite, que es casi siempre, lo hace como caricatura y puede cobrar formas grotescas. Y con Dilthey sabemos que hay dos historias, la que fue y la interpretada. En ambos niveles estamos.

* * *

Quisiera, por otra parte, en lo relativo a la inspiración metodológica, añadir el recuerdo a un lejano maestro, Antoni Jutglar. Él me enseñó —y también a quienes de mi generación estudiantil quisieron aprender de él— a observar los hechos con independencia de las dogmáticas historicistas, al margen de los oportunismos de coyuntura y desde lo más arriba posible de la montaña. Con Josep Florit y Josep Termes he aprendido, asimismo, la importancia de la tolerancia en un mundo académico preñado de miserias y ardides (el segundo lo sabe muy bien), y he disfrutado de su lucidez de juicio durante imperiódicas conversaciones acerca de eso que es la Historia, avatares en los que la sensibilidad y resistencia de la profesora Isabel de Cabo ha sido un estímulo muy especial. Debo citar asimismo a los también colegas y amigos Josep María Sanahuja, Francesc Espinet, Laureano Bonet y Miquel Izard. Todos ellos han sido, en un momento u otro, nadadores contra la corriente. Igual que Antonio José Pitarch, Julio Miñambres, Vi-

cente Maestre, Jesús Contreras, Pedro Clavero, Agustín González, Jordi Casassas y Joan Ramon Triadó, con quienes (más Florit) el retorno de lo idéntico es un placer a todos los niveles.

Salvador Claramunt, Carlos Bidón-Chanal, Rafael Aracil, Antoni Segura, Gonzalo Sanz, Santiago Riera, Rosa Subirana, Jaume Font, Susanna Tavera, Andreu Mayayo, Carles Santacana, Teresa Abelló, Manuel Delgado, Javier Laviña, Ramón Alquezar, Ignasi Terradas y Ferran Lobo (de quien he aprendido sobre la *ligereza de equipaje* como arte, si así puede llamarse, para sobrevivir): todos ellos son colegas cuya capacidad y amistad quiero resaltar. Rafael Borràs, tan sutil siempre, fue un estímulo durante nuestra convivencia en la Junta del Ateneu Barcelonès y en el despliegue de la revista *Ateneu*, etapa de la que guardo un gran recuerdo del *president* Jordi Maragall.

Lo mismo que a mis amigos Juan Manuel Sanz y Ana, siempre en la brecha contra la ignorancia, y Teresa Sanz. Y con ellos al artista Miquel Vilá, Jordi Sobrequés, a mis viejos allegados y amigos Armand Sábat, Juan Alfonso Durán, Esther Escudero, Pilar y Santiago, Montse Font, Josep Ricou, Carles Guitart, Pedro Ancochea y a los compañeros libertarios Adolfo Castaños, Luis Andrés Edo y Antoni Castells. Una mención especial quiero dedicar al historiador que ha hecho *historia desde dentro de la historia*, Eduard Pons Prades, y a su compañera y escritora de la memoria Antonina Rodrigo. Y, cómo no, a Anna Pardo, decana en inteligencia, Mercé Solà, Mercè Cabo, Rosa Masip, Anna Solé, Bernardino —sin el cual la vida tendría menos sabor—, Carmen Alastuey, la Negra («Lili»), siempre luchadora, y, desde luego, a M-C. Sánchez.

Sin mi hermano Ramón posiblemente no hubiera podido culminar esta obra. Y con él su compañera Rosa Arcas. Y a Pepe Martínez. Los transitorios intentaron destruir su legado, Ruedo Ibérico, pero su eco es un *leit motiv* en esta historia.

Barcelona, invierno de 2005

LA DICTADURA FRANQUISTA: 1939-1975

A Bernardo Brito, desaparecido en la batalla del Ebro en combate por la República. A los Muniesa (José, Ramón, José, que fue mi padre, Sara y Armando), y Rosend Sábat. A sus valerosas mujeres, Nicolasa, María Villalba, María Luisa, que fue mi madre, y María Ferrán. A Juan Brito y Gloria. Y también a Francesc Pich y el piloto Rivas, muerto en el exilio ruso.

El zar es el jefe y se afirma como padre de millones de hombres y mujeres. Atroz responsabilidad, que es pura apariencia, pues sus súbditos viven en la opresión y en el país ocurren hechos terribles. Él afirma que sólo es responsable ante Dios. Quizá, sin embargo, el responsable sea el siervo que acude a lustrarle sus botas.

LÉON BLOY

Bajo siniestras amenazas, se institucionalizó, en nombre de Dios y de la Patria, un «derecho» fundado en la traición, la renuncia y el repudio. Se impuso la traición a la amistad, al amor y al círculo familiar. Y también el repudio por las propias convicciones y la renuncia al pasado, mientras se exigía la adopción de valores detestables mediante adhesiones inquebrantables. Hubo quienes militaron en aquella infamia, otros la aceptaron, medraron, y se hicieron opresores de sí mismos, otros más procuraron eludirla con mil ardides y algunos se opusieron con las armas de que pudieron disponer, según las circunstancias, siempre adversas.

JOSÉ BERGAMÍN

INTRODUCCIÓN

Cuando estalla una guerra, o cuando se trata de analizarla, aparte el lamento, lo primero que cabe preguntarse es qué defiende cada uno de los bandos enfrentados. El origen de la Guerra Civil española fue la sublevación de un grupo de militares contra la legalidad establecida: la Segunda República. Una legalidad sustentada en las urnas y en el marco de una democracia liberal plena, pues la mujer tenía desde 1933 acceso al sufragio. Por tanto, en este caso, puede establecerse ya una primera conclusión: quienes, desde sus cuarteles, se alzaron en armas el 18-19 de julio de 1936 lo hicieron contra un sistema político fundado en las libertades de asociación, expresión y reunión, en la igualdad ante la ley de los ciudadanos y en la posibilidad de la alternancia de proyectos sociales y económicos diversos, encarnados en los partidos. Por tanto, si se sublevaron contra ese sistema de representación política es porque deseaban destruirlo y, en consecuencia, en caso de victoria, no cabía esperar que pudiesen reponerlo o sustituirlo por otro similar.

Mas, también se alzaron por otros motivos. Lo hicieron contra un proyecto de *Reforma Agraria* que la República, en su versión reformista, pretendía aplicar en base al principio de la *tierra para quién la trabaja*. Es decir, no se trataba de ni de estatificar la tierra, según el modelo comunista soviético, ni tampoco de colectivizarla autogestionariamente, como deseaba el Movimiento Anarquista. La Reforma Agraria republicana, que era pensada fundamentalmente para regiones como Andalucía, Extremadura y las Castillas, zonas de latifundios, proyectaba estrictamente darle a la propiedad un contenido burgués, lo cual exigía expropiar, en gran parte, a unas oligarquías terratenientes de naturaleza, digamos, noble, es decir, parasitaria y privilegiada, un verdadero *poder fáctico* del país. Con la reforma se pretendían, pues, tres cosas: destruir ese poder privilegiado, propio de for-

mas del Antiguo Régimen; crear una nueva clase campesina aburguesada, y finalmente procurar de la agricultura rendimientos capitalistas. En realidad, esa Reforma Agraria apenas llegó a funcionar, primero por el desplazamiento de los reformistas del poder tras las elecciones de 1933, es decir, de los partidos Acción/Izquierda Republicana (Manuel Azaña) y PSOE (su sector más moderado, que era dominante con Indalecio Prieto) y su relevo por una coalición derechista (Partido Radical y CEDA), pero en febrero de 1936, tras el triunfo electoral del Frente Popular, el proyecto, que parecía excesivamente tímido a la UGT y la CNT, fue de nuevo planteado.

Los alzados aquel julio de 1936 también lo hicieron contra una *Reforma Militar* que los reformistas comenzaron tímidamente a poner en práctica. No se trataba de disolver el Ejército, ni mucho menos, ni tampoco de sustituirlo por Milicias Populares al estilo revolucionario. Se trataba de despolitizarlo, colocarle al servicio de la Constitución y tecnificarlo. Adecentar, digamos, el Ejército existente, con un curriculum amplísimamente intervencionista en la historia contemporánea española, desde que se perdieran las colonias latinoamericanas en el primer tercio del siglo XIX: ese Ejército era otro *poder fáctico* que impedía la normalización de la vida social y política española. Los militares a los cuarteles, fuera de la política. Se proyectaba reorganizar los ascensos y se facilitó el pase a la reserva de numerosos oficiales y jefes, siempre con el salario íntegro: algunos de ellos tuvieron tiempo, pues, para conspirar. La reforma fue muy dificultosa, pues sabido es que, como un día afirmara Miguel de Unamuno, *es fácil militarizar a los civiles, mucho más difícil es civilizar a los militares*. Los hechos acabarían dándole la razón.

También, el alzamiento faccioso del 18-19 de julio de 1936 tuvo otra razón: la Iglesia Católica, otro *poder fáctico* que, en España, se había apoderado de la mayor parte de la enseñanza y dictaba la moral cívica. La *Reforma de la Enseñanza* proyectada por los dirigentes reformistas de la Segunda República pretendía acabar con la dictadura clerical y separar realmente a la Iglesia del Estado. *España ha dejado de ser católica*, dijo Azaña en un fogoso discurso al presentar la ley en el Parlamento. No habría tiempo prácticamente para verificar esa afirmación. Con la reforma no se pretendía disolver la institución Iglesia Católica, ni mucho menos. Simplemente, abrir las vías para que los cardenales, obispos, arzobispos, abades, monjes y sacerdotes accedieran a conformarse a actuar en sus recintos naturales: las iglesias y los monasterios. Fuera, pues, de la escuela y la pedagogía. Basta, por tanto, de irrationalizar la sociedad.

Finalmente, los facciosos se alzaron también contra una *Reforma de la Administración Estatal*. Azaña, en 1931, afirmó en otro de sus célebres discursos que *la peor gente de este país vive en las covachuelas del Estado*. En efecto, la baja nobleza hispana, por causa de la Ley de Mayorazgo (que otorgaba la herencia del patrimonio, normalmente los latifundios, a los hijos primogénitos), no optó, como en la Inglaterra del siglo xvii (cuando la revolución), por aburguesarse e incorporarse a los negocios, sino que se hizo «funcionaria» del Estado. Militares, abogados, curas... Todos con apellidos ilustres y kilométricos parasitaban la Administración desde tiempos lejanos. La reforma republicana pretendía echarlos, sin más. También había otro proyecto, a medias materializado: descentralizar la Administración en una perspectiva que quizá hubiera sido federalista. Catalunya asumió un *Estatut* en 1932, lo cual motivó al algarada militar del general Sanjurjo en Sevilla. El Estatuto vasco se materializaba justo al producirse el Alzamiento. Y el Estatuto gallego estaba en proyecto.

Nada de todo aquello fue, pues, posible. Con la derrota de las fuerzas republicanas y libertarias en la Guerra Civil, España regresó al teologismo y el medievalismo. Del terrible parto nació la Dictadura franquista, la segunda dictadura del siglo xx en España, aunque a su lado, la I Dictadura, la del general Miguel Primo de Rivera (1923-1929/1930) fue un episodio zarzuelero. ¿Qué fue la Dictadura franquista? En las páginas que siguen se describirá su evolutiva naturaleza, pero a la hora de fijarla no he hallado mejor definición que la emitida por Unamuno poco después del tremendo episodio que protagonizó en la Universidad de Salamanca (que reproducimos aquí) el 12 de octubre de 1936, y antes de fallecer en su arresto domiciliario salmantino: *el maridaje de la Sacristía con el Cuartel*. ¿La criatura de ese matrimonio parida en 1939?: decenas de miles de ejecutados y desaparecidos, pasados por las armas del Cuartel y bendecidos por el espíritu de la Sacristía, centenares de miles de presos y cerca de medio millón de exiliados. La sociedad española entró entonces en un túnel.

* * *

Quisiera, en memoria de los «años de plomo», recordar a quienes junto a mí también combatieron la infamia: Josep Maria Masip, August Gil Matamala, Valentí Sererols, Robert Alcaraz y Elvira, Julià de Jodar, Joan Oliver, Enric Bastardes y Oriol Solé Sugranyes, asesinado por la Guardia Civil.

A mis siempre queridos Carme, Armand III y Anna, Mariona y Miguel, Robert y Magdalena, Xavier de Cabo y Maru. Y a Juan Brito. Con ellos, naturalmente, a los de la generación que empuja, comenzando por mi recordado Carlos; Alicia y Jordi; Greta y Sergi; Albert; Maria. Y, ¡cómo no!, a Victoria y Joan Priante, junto a sus compañeros Jaume Magem y Marta García. A Anna, Armand IV y Marta; Javi y Jordi; Cristina, y Pau Espinet y Andreu Contreras. Todos ellos, o vivieron la infamia tardía, o no la vivieron o la vivieron de lejos. Para que recuerden o sepan, pues.

Mis discípulos Laura García, David Guitard, Pau Guix y Montse Escolés han destacado entre muchos.

Finalmente, quiero abrir paso a quienes acaban de llegar, los Cristian, Edgard, Nicolás y Mateo: para ellos será el postre. Porque el café, la copa y el puro son para quienes ya se marcharon: Oriol Albó, Josep de Cabo, Josefin Ramón y José Manuel Alastuey.

Barcelona, invierno de 2005

Capítulo 1

LA FORJA DEL ESPERPENTO. ESPAÑA AÑO CERO: 1939-1940

Días después del final oficial de la Guerra Civil, decretado el 1 de abril de 1939, cuando, según el parte oficial de los vencedores, el *ejército rojo estaba cautivo y desarmado*, un grupo de milicianos de ese ejército burló el cerco y el acoso de las tropas fascistas y escapó por el túnel fronterizo del ferrocarril que, por Canfranc, comunicaba España con Francia. Al conocer el episodio, el general Francisco Franco, el Caudillo victorioso, aún en su sede de Burgos, montó en cólera y ordenó que aquel túnel fuese tapiado con cemento y permaneciera así para la eternidad. Era el castigo ejemplar que el dictador impuso al túnel, por «colaboracionista» con el enemigo.

Con este episodio menor, pero significativo, pretendo justificar el título de este capítulo inicial: *La forja del esperpento*. Dicho esto, la elección exige una aclaración, pues España se hallaba en ese breve período, el Año Cero, inicio oficial de una larga y atroz Dictadura, en una situación dramática, más aún, si cabe, que en el marco de la propia contienda: la barbarie vengadora, desatada por el Ejército sublevado contra la Segunda República en las zonas que ocupaba, con la victoria final se institucionalizó con un programa aniquilador. ¿Por qué, pues, *esperpento*, si el momento era trágico? En primer lugar porque en el esperpento subyace siempre un rasgo trágico y el conjunto cobra una dimensión grotesca. Desde ese punto de vista, la trama de poder de la Dictadura, con sus estructuras, sus ceremonias, sus personajes y el ambiente que a su alrededor reproducían compuso un conjunto literalmente grotesco. Max Estrella, un protagonista de *Luces de bohemia*, la obra de Ramón María del Valle-Inclán, proporciona la siguiente perspectiva: *El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con*

una estética sistemáticamente deformada..., porque la historia de España es una deformación grotesca de la historia europea. ¡Qué decir, en esa perspectiva, de aquellas lejanas *pinturas negras* de Francisco de Goya! La faceta esperpéntica que acompañó a la Dictadura hasta el lecho de muerte del dictador dominó siempre la tragedia de un país en el que la venganza contra los derrotados en la guerra de 1936-1939 y su «penitencia», por utilizar una palabra del léxico victorioso, se oficializaron a la vez como «misión histórica» y como «razón de Estado». Cegar el túnel de Canfranc no fue una acción de táctica militar: fue la respuesta iracunda y grotesca de un tirano en ciernes contrariado en su afán de exterminio.

El Nuevo Estado Español

El prontamente llamado Nuevo Estado Español y luego Régimen del Dieciocho de Julio, o Régimen del Movimiento Nacional, fue una Dictadura. El concepto de «Régimen político autoritario», acuñado por el sociólogo funcionalista Juan José Linz en los años circundantes a la Transición, para dulcificar el siniestro paisaje del franquismo, es ciertamente muy académico. También, sin embargo, es una falacia que adultera la verdad y pretende corromper la historia. Desde luego que el llamado «Régimen» fue autoritario, como también fue «profundamente conservador», que es la categoría a la que lo reduce el historiador Stanley Payne, otro maquillador. Mucho más allá de esos conceptos el franquismo fue, como digo, una Dictadura, pura y dura implicada, además, en un genocidio. Lo fue para quienes la sufrieron y eso es lo que prevalece. Contó con un *tirano* en la cima de su estructura política, árbitro sobre las diversas «familias» que integraban la *oligarquía política* mediante la cual el sistema se reprodujo, y que en su conjunto respondía a los intereses y valores de la otra *oligarquía*, la *histórica*, es decir, los poderosos grupos económicos tradicionalmente hegemónicos en la vida española, en cuyo nombre se alzó —y venció— el general Franco para destruir los proyectos reformadores de la Segunda República. A cambio de esa gestión, el dictador les exigió un apoyo unánime e incondicional. Y se lo concedieron.

La Dictadura organizó un feroz aparato represivo, con sus delatores, policías, torturadores, jueces y, en su vértice superior, con un Ejército protagonista de consejos de guerra, siempre sumarísimos, y en los consiguien-

tes fusilamientos. Contó igualmente con un aparato censor que castró, con el protagonismo activo de la Iglesia Católica, la vida cultural y condicionó las relaciones cívicas y sociales de modo drástico y totalitario. El hecho de que esta última faceta se debilitara desde mediados de los años sesenta, no supone otra cosa que un contraste impuesto por la progresiva aparición en la sociedad española de generaciones ajenas a las vivencias de la Guerra Civil, con sus sectores combativos, y por la realidad de un entorno geopolítico europeo adverso. Mas, sus instrumentos quirúrgicos, judiciales, policiales y/o militares, ejercieron hasta el final.

¿Fue la Dictadura un fascismo? Definirla como fascista sin más no encajaría bien si el modelo de referencia son la Alemania del Partido Nazi o la Italia del Partido Fascista, aunque sin duda la Dictadura tuvo arraigadas facetas fascizantes que luego se debilitaron sin desaparecer nunca, y que fueron muy evidentes hasta el colapso del Eje en la Segunda Guerra Mundial: por esa naturaleza sería luego relegada internacionalmente y condenada al ostracismo, viéndose obligada a un proceso de metamorfosis para adaptarse a la nueva realidad. Debe señalarse aquí que tanto Mussolini como Hitler accedieron al poder político apoyados en movimientos populares y utilizando los mecanismos de la odiada democracia liberal, que luego destruyeron, mientras que Franco necesitó una guerra civil que provocó centenares de miles de muertos y otros tantos de desaparecidos y exiliados. He aquí, pues, un hecho diferencial.

Otro factor diferencial fue el religioso, relacionado con la Iglesia Católica. Si en múltiples aspectos el naciente Movimiento Nacional, el Partido Único, podía asimilarse a los partidos nazi y fascista, el elemento religioso fue, como digo, un distintivo. En la Alemania hitleriana o la Italia mussoliniana puede hablarse de un «laicismo oficial», aunque existió una tendencia, sobre todo en Italia, hacia la mutua complicidad institucional entre los poderes eclesiásticos y el totalitarismo. En España, en cambio, la Dictadura tuvo en sus orígenes, ya en plena guerra, un neto color providencialista otorgado por la Iglesia Católica.

Un tercer elemento distintivo radicaría en los «grandes proyectos» historicistas, mediante los que nazismo y fascismo consiguieron demagógicamente movilizar a sus respectivas masas partidarias: el *milenio ario-germánico* del Tercer Reich y el *remedo de Imperio Romano* asumido por un Imperio Italiano de cartón-piedra. En cambio, la Dictadura, que también tendría su veleidad «imperial», breve, gobernó con escaso carisma

(la personalidad de Franco revestía en este aspecto suma debilidad) y sus elementos míticos serían aún más gaseosos que los instrumentalizados en Alemania e Italia. La *revolución pendiente*, que siempre siguió en ese estado, fue un mito del falangismo, pero el *acendrado espíritu católico* y un *designio providencial* fueron mitologías de raíz eclesiástica, gestadas por tradiciones medievalistas, y el vago y pronto abandonado *Imperio Español* como vía *hacia Dios*, no era ciertamente una consigna movilizadora para una sociedad en la que una parte sustancial de sus hombres y mujeres tomó las armas precisamente para combatir tales propósitos.

La Dictadura, en otro plano, adoptó del fascismo modelos estructurales y organizativos. Un Partido Único, verticalista, en cuya cúpula el Caudillo dictaba órdenes y consignas vehiculadas en un Consejo Nacional y aclamadas por unanimidad en unas Cortes teóricamente legisladoras. Como más adelante se expondrá, adoptó la concepción corporativista para organizar la sociedad y su relación con los aparatos estatales. Ese magma institucional perduró durante la larga vida de la Dictadura, pero los acontecimientos exteriores y, en primer lugar, la derrota de los amigos del Eje, Alemania e Italia, en la Segunda Guerra Mundial, obligaron a Franco y sus consejeros a pulir las aristas fascistas más evidentes y nutrirse de dos instituciones tradicionales: la Iglesia Católica y el Ejército, los *poderes fácticos históricos*.

Las legitimaciones iniciales

Como todas las dictaduras, las impuestas en Alemania e Italia por el nazismo y el fascismo respectivamente ejercieron el poder como un plebiscito permanente, pero cuando a sus élites les interesaba, recordaban que su origen fue un masivo apoyo electoral en las urnas (del sistema democrático-liberal). Se trataba de coartadas legitimadoras. La Dictadura de Franco gobernó también de modo plebiscitario, pero su parto fue una guerra fratricida. El oficialismo recurrió siempre, para *autolegitimarse*, a la brutalidad de las armas: de esa opción nació la *legitimación por la Victoria*, sostenida hasta la muerte del dictador, en 1975. Sin embargo, la otra cara de la moneda victoriosa era la sangre fratricida y la brutalidad desatada contra los vencidos. Por ello, los hombres que, con Franco al frente, dirigirían el poder dictatorial, fueron conscientes de esa debilidad que mermaba su legítima-

ción bélica, lo que explica sus obsesiones por acumular reconocimientos, obsesiones que afloran una y otra vez a lo largo de su trayectoria, como las aguas de un turbulento Guadiana.

Mas, antes de concederse la *legitimidad de la Victoria*, la sublevación del 18-19 de julio de 1936 recibió prontas legitimaciones.

La legitimación nazi-fascista

La primera de aquellas prematuras legitimaciones se forjó en el frente de guerra y coincidió con el alzamiento militar del 18-19 de julio de 1936. Fueron el automático *reconocimiento político-diplomático y la simultánea masiva ayuda militar provenientes de la Alemania de Hitler y de la Italia de Mussolini*, las potencias totalitarias que en 1936 se nutrían de una manipulación anticomunista y amedrentaban con su agresividad a las odiadas democracias liberales europeas, concretamente Francia y Reino Unido. Franco se sintió partícipe de ese odio, como también participó del feroz anticomunismo de Berlín y Roma destilado contra la URSS.

Una legitimidad aquélla, la primera obtenida por Franco, que se incubó, pues, en la aversión hacia el liberalismo, la democracia y el socialismo. A través de ella, como digo, el movimiento militar contra la Segunda República contó con sustanciales apoyos bélicos: armamento, tropas y la decisiva aviación alemana de la Legión Cóndor, que experimentó en Gernika, la histórica ciudad vasca, la eficacia de sus unidades de bombardeo. Bombardear la sociedad civil tuvo en España sus primeras pruebas. Luego se institucionalizó: desde los bombardeos alemanes sobre Londres y de los aliados sobre Dresde, hasta los actuales de Estados Unidos en Irak.

Con la derrota de las potencias del Eje nazi-fascista en la Segunda Guerra Mundial, en la primavera de 1945, aquella legitimidad se convirtió para la Dictadura en un pesado lastre. Hubo, por tanto, que intentar matizarla y, al mismo tiempo, moderar el virulento desprecio por la democracia y el liberalismo, a la par que convenía, por razones de coyuntura, acentuar hasta la obsesión el discurso anticomunista. Luego, la Guerra Fría entre el Occidente capitalista, dirigido por Washington, y la URSS favoreció el funambulismo franquista hasta que los equilibrios dejaron de ser necesarios cuando España se convirtió en una especie de portaviones nuclear de Washington: entonces llegaría la ansiada legitimidad norteamericana.